

EL DESAFÍO DEL PROFETA
Domingo 4º del Tiempo Ordinario
31 de enero de 2010

Para la mentalidad de Israel un profeta no es precisamente un adivino del futuro. Es, más bien, un elegido por Dios para interpretar el presente. El profeta anuncia, pero, sobre todo, interpela. Recuerda a su pueblo la voluntad de Dios. Y en muchos casos le reprende por no cumplir esa voluntad.

El profeta Jeremías evoca su propia vocación y recuerda que Dios le dice: “Mira: yo te convierto hoy en plaza fuerte, en columna de hierro, en muralla de bronce, frente a todo el país”. (Jer 1, 18). Le harán la guerra pero no podrán con él. El profeta ha de vivir a la escucha de la palabra de Dios sin perder de vista a su propia gente.

La sordera y el miedo son las grandes tentaciones de los profetas. No prestar oído a la voz divina. Y retirarse ante las amenazas humanas. Fidelidad y firmeza son las cualidades que distinguen al verdadero profeta. Fidelidad al Dios que lo ha llamado. Y firmeza ante las amenazas de los que se niegan a escuchar su mensaje.

LA ALDEA Y EL MUNDO

Jesús comienza su ministerio público en la sinagoga de Nazaret, la aldea donde se había criado. Lee un texto del libro de Isaías y se lo atribuye a sí mismo (Lc 4, 21-30). Las gentes se asombran. Ha pasado muchos años entre ellos. Creen conocerlo demasiado bien para aceptar que se aplique un texto mesiánico. No es fácil reconocer tal autoridad al vecino de al lado.

Pero hay algo más. Jesús ha osado recortar aquel antiguo oráculo. Con ello proclama un año de gracia, pero se niega a anunciar una venganza contra los enemigos de su pueblo. En realidad, apoyándose en un texto venerable, Jesús se presenta como un Mesías misericordioso y universal.

Un Mesías tan lleno de misericordia que se atreve a proclamar el gran jubileo del perdón y de la compasión de Dios. Y un Mesías universal que osa derribar las fronteras entre los pueblos y presentar un Dios que no se deja atrapar por las pretensiones nacionalistas de su pueblo. Desde su pequeña aldea, Jesús mira al ancho mundo.

Es más, Jesús recuerda a sus vecinos la figura de los grandes profetas. Elías había sido enviado por Dios a una viuda de Fenicia. Eliseo había curado de la lepra a un militar proveniente de Damasco. El Dios verdadero siempre había extendido su misericordia más allá de las fronteras. Y más allá de los particularismos de la raza y de la lengua.

FALSO Y VERDADERO

“Os aseguro que ningún profeta es bien mirado en su tierra”. Jesús no retrocede en sus pretensiones mesiánicas. Al contrario, contesta a sus vecinos, aplicándose este refrán popular. La historia demuestra su veracidad.

- “Os aseguro que ningún profeta es bien mirado en su tierra”. Los que se presentan como profetas sin serlo no se apoyan en la verdad sino en la opinión. No predicán la bondad, sino la apariencia. No promueven la belleza, sino los gustos y las modas. No interpelan a las gentes: las halagan. Y así las engañan y manipulan.

- “Os aseguro que ningún profeta es bien mirado en su tierra”. Los verdaderos profetas proponen valores que humanizan y salvan a las gentes y a los pueblos. Tienen el valor de ir contra corriente. Entonces como ahora, los auténticos profetas no se someten a los dictados de los que imponen lo políticamente correcto. No se apoyan en la estadística: sirven a la verdad.

- Señor Jesús, las gentes de tu propia aldea intentaron despeñarte por un barranco. No querían reconocerte como profeta y Mesías de Dios. Y rechazaban el Dios que tú anunciabas. Seguramente hoy reaccionamos de la misma forma ante tu mensaje. Danos un corazón grande para aceptar el desafío de tu verdad. Amén.

José-Román Flecha Andrés